

MASCULINIDADES Y PATERNIDADES: IDENTIDADES, DISTANCIAMIENTOS Y CONTRADICCIONES

Leslie Arvelo Arregui¹
leslicarvelo@yahoo.es

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (ULA)

Fecha de recepción: 03 de diciembre de 2013

Fecha de aceptación: 15 de enero de 2014

Resumen

En este trabajo se establecen relaciones entre lo masculino y lo paterno, partiendo de la premisa que entre estos constructos existen elementos convergentes, divergentes y contradictorios. La historicidad, el relativismo cultural y la subjetividad diferenciadora que opera en ellos, posibilita hablar más bien de masculinidades y paternidades. Inicialmente se precisan los términos de masculinidad y paternidad con base en conceptos como: «función paterna», «narcisismo» e «identidad genérica». Luego se describe brevemente el recorrido de la construcción psicocultural de lo masculino y lo paterno, enfatizando aspectos de la subjetivación que influyen en ellos. Posteriormente, se desarrolla lo atinente a las identidades, distanciamientos y contradicciones entre las masculinidades y paternidades. Finalmente, se ilustrará con material psicoclínico algunas de las reflexiones expuestas.

Palabras claves: Masculinidades, Paternidades, Género, Psicoanálisis.

Abstract

The objective of this work is to establish relationships between masculinity and paternity given that these constructs share convergent, divergent, and contradictory elements. Historicity, cultural relativism and subjectivity existing on these constructs contribute to set the concepts of masculinity and paternity. These are related with other terms such as «role of parents», «narcissism», and «gender identity». Following, a brief description of the psycho-sociocultural construction of masculinity and paternity is made by highlighting subjectivation aspects that influence on them. Then, identity, distancing, and contradictions between masculinity and paternity are developed. Finally, some of the reflections are illustrated through psycho-clinical material.

Keywords: Masculinity, Paternity, Gender, Psychoanalysis.

¹ Psicólogo Clínico de orientación psicoanalítica (UCV). M.Sc. en Educación (UNA) Profesor Titular jubilado (ULA).

INTRODUCCIÓN

Las ciencias sociales no se han ocupado de la masculinidad y la paternidad con el mismo interés que lo han hecho con la feminidad y la maternidad. Razones de índole diversa (históricas, ideológicas, políticas, científicas, entre otras) han influido en este sesgo. Sin embargo en las tres últimas décadas se observa un número creciente de trabajos científicos que abordan estas temáticas en diferentes disciplinas del campo humanístico y social. (Arvelo, 2001,2007).

Dado el vínculo que indudablemente existe entre lo masculino y lo paterno se pretende en el presente trabajo explicitar un conjunto de relaciones que se presentan en términos de coincidencias, desencuentros y contradicciones entre estos dos constructos para abordar esta temática no muy clara y compleja. Se pasará a continuación a precisar los términos centrales de este artículo, asociándolos con otros considerados claves para su comprensión y análisis.

SOBRE LA MASCULINIDAD

Partiendo de diversos autores (Gilmore, en Mesa 1999; Carabí, 2000; Arvelo 2001; Sloan y Reyes, 1999), se considerará aquí la masculinidad no como una esencia a priori sino como una construcción psicosociocultural e histórica. Quiere decir esto que lo masculino representa diversas cualidades, dimensiones y expresiones que según la cultura, la clase social, la nación, la etnia, los grupos sociales, la familia, el momento histórico, así como el papel de factores subjetivos (procesos de individuación y construcción del sujeto humano, el desarrollo psicosexual), adquirirá diferentes formas, rostros y máscaras. (Barrios, 1997; Ramírez, 1997; Fernández, 1994).

En relación con lo anterior, se entenderá la masculinidad como un sistema de ideas, creencias, valores, roles, actividades y conductas que una sociedad o cultura, en un determinado momento histórico, le asigna como propio al hombre. (Arvelo, 2001; Sloan y Reyes, 1999). Más allá de las características que suelen atribuírsele a la identidad masculina tanto positivas (fuerza física, potencia sexual, actividad, iniciativa, autonomía, valentía, protección, autocontrol, entre otras) como negativas (autosuficiencia, necesidad de poder y dominio, mayor tendencia a las transgresiones, racionalidad y controles excesivos, disociación entre la razón y los afectos, represión de sentimientos y ternura, entre otras) esta se define en buena

medida por lo que no es. Y este no ser se sintetiza en el «no ser mujer», en distanciarse de lo femenino. Ello no ocurre así en la construcción de la identidad femenina que se define más en términos afirmativos a partir de las cualidades de la mujer.

La masculinidad, como identidad genérica que va más allá de lo psicológico (sin negar el peso fundamental de esta dimensión), al estar determinada, condicionada y problematizada por factores socio-culturales e históricos tendrá diferentes maneras de expresión, comprensión e interacción.

Con base en lo expuesto, es tal vez más preciso hablar de masculinidades (Carabí, 2000) en plural y no de masculinidad en singular. Esto significa que existen distintas maneras de percibir, concebir, vivir, sentir, disfrutar y padecer lo masculino.

SOBRE LA PATERNIDAD

La paternidad al igual que la masculinidad es una construcción biopsicosociocultural relativizada por lo histórico. Si bien es cierto que hablar de lo paterno nos remite casi indudablemente a lo masculino, también es cierto que esta relación no siempre está presente, ni es un requisito necesario para definir la paternidad. Esto último es demostrable con los aportes de las ciencias sociales, específicamente dentro de los ámbitos de la antropología y del psicoanálisis.

Desde la mirada antropológica, Narotzky (1997) concibe la paternidad como un campo indeterminado, complejo, variable y multívoco. Concluye la autora que lo paterno es un constructo polimórfico que presenta las siguientes características:

1. Se diferencia claramente de la función genitora.
2. No es ejercida por una figura única, ni existe una relación biunívoca entre padre e hijo/a.
3. Quien asume la parte principal de las responsabilidades paternas no es necesariamente de sexo masculino.
4. La relación sexual entre la madre y quien ejerce la paternidad no es una condición ni un hecho constante.

La perspectiva psicoanalítica, concretamente la corriente de Lacan (en Aberastury y Salas, 1978), hace referencia a la función paterna como una función específica y fundamental como es la «función de corte». Esta

función significa una doble prohibición: impedir la fusionalidad madre-hijo/a y evitar la relación incestuosa entre ambos. La función de corte lacaniana estaría más del lado del orden simbólico como función interdictora de la diada madre-hijo/a. Esta función no sólo es ejercida por el padre sino también por la madre u otro adulto significativo.

En todo caso, el psicoanálisis y la psicología estipulan una variedad de funciones atribuidas al padre como son: las de protector, de proveedor, de defensor del territorio, de brindar seguridad, de autoridad, de rival, de objeto de amor, de figura identificatoria, de modelo (tanto de la masculinidad como de la paternidad), educativas, de soporte afectivo (de los/as hijos/as y de la madre) entre otras. (Freud, en Aberastury y Salas, 1978; Aray, 1992; Oiberman, 1998).

Sintetizando, se puede concluir que la función paterna, como concepto genérico que involucra diferentes funciones, es un constructo teórico y una categoría de análisis que integra factores biológicos, psicológicos, sociales, culturales e históricos. Puede definirse como «... un concepto complejo, polisémico, multiforme y dinámico que va más allá del ejercicio que puede desempeñar individualmente un hombre como padre, implicando al otro género (lo puede ejercer una mujer) u otros parientes o adultos significativos, grupos sociales e instituciones». (Arvelo, 2011, p. 8).

La paternidad puede considerarse un constructo más amplio que la función paterna ya que implica no sólo las funciones atribuidas al padre sino también los roles y los aspectos figurativos (la figura del padre). Por su parte la función paterna sería un concepto más específico, más delimitador dentro del ámbito psicológico que permite diferenciar las funciones paternas de la figura del padre encarnada en un hombre.

En este orden de ideas, tanto la mirada antropológica como la psicoanalítica, tal como se ha señalado, plantean que las funciones consideradas como paternas tanto simbólicas como reales, pueden ser ejercidas por figuras diferentes al hombre. Lo expuesto nos lleva, coincidiendo con De Keijzer (1998), a plantear la existencia de «paternidades» por la manera plural de ejercer la paternidad de acuerdo a las condiciones psicosocioculturales e históricas.

CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD

Aspectos socio-culturales e históricos

Históricamente es imposible concebir lo masculino sin hacer alusión a lo femenino. Esto es así ya que las identidades masculinas y femeninas se han construido como polaridades opuestas. Si bien es cierto que lo femenino no puede prescindir totalmente de lo masculino para su definición identitaria, también es cierto que su construcción parte más de lo afirmativo que la caracteriza y no de aspectos negativos del «no ser hombre». Esta autonomía de la feminidad y su estabilidad identitaria en el tiempo están relacionadas en buena medida con los roles y funciones maternas que, a lo largo del tiempo y en las diferentes culturas, se le ha atribuido a la mujer. Es bien sabido que la maternidad ha sido en el devenir histórico parte fundamental del núcleo identitario femenino.

Lo anterior no ocurre con la masculinidad que desde sus inicios ha estado menos ligada a lo biológico y a las funciones paternas (específicamente las referidas a lo biológico) y ha estado más cercana a lo socio-cultural que la feminidad. Mientras esta última se da como un hecho más universal y estable, la masculinidad ha debido construirse, demostrarse, exhibiendo una mayor variabilidad y contradicciones (Bleichmar, 2006; Arvelo, 2004). Lo masculino se presenta como más frágil, en muchos casos bajo sospecha, por lo cual en la mayoría de las culturas el hombre debe someterse a pruebas y adoctrinamientos que evidencien su virilidad y le permitan hacerse hombre. (Gilmore, 1994, en Mesa, 1999). Esta necesidad de comprobación de la masculinidad tiene que ver en buena medida con la necesidad de distanciarse de lo femenino, de la mujer, de la madre. Hay tribus como los Sambia en Nueva Guinea que tienen pautas sociales que establecen que los hijos varones sean separados de sus madres por períodos prolongados para ser educados por los hombres. (Herdt, en Bleichmar, 2006).

Aspectos Psíquicos

La construcción de la identidad masculina ocurre mediante un proceso identificatorio en algunos aspectos diferentes al que se da en el desarrollo de la identidad femenina. La diferencia fundamental estriba en que el varón para poder acceder a su identidad genérica debe hacer una doble identificación: inicialmente con la madre y luego con el padre. Además, para alcanzar la masculinidad, debe desidentificarse de la madre en aquellos elementos genéricos asociados a lo femenino. (Arvelo, 2007).

Aunque esta necesidad de desidentificarse del varón responde en buena medida a la desvalorización que lo socio-cultural hace de lo femenino en las sociedades patriarcales, no debe soslayarse que este proceso de desidentificación tiene una raíz más profunda, irracional e inconsciente como lo es el terror a la fusionalidad con la madre, ya que esta supone la disolución del yo, su muerte. Si bien es cierto que este temor por la fusionalidad también es sentido por la niña, en el varón adquiere una mayor intensidad. (Percovich, 1996; Olivier, 1995). Según Sandoval (2001) la niña al sostener en el tiempo la identificación con la madre y ser tomada como su semejante, mantiene en su self una relación más empática con la fusional, no amenazante.

Por su parte, Percovich (1996) plantea que la necesidad del hombre de ejercer el dominio del otro a través de la ley, de lo simbólico, es una forma de ocultar lo imaginario fusional. La ley se convertiría en un sustituto simbólico de la dependencia materna. Según esta autora el hombre vive la separación del cuerpo de la madre como una muerte imaginaria que produce culpa y defensas disociativas entre pensamiento y afecto. A partir de esta pérdida el hombre buscaría una compensación en el cuerpo del padre, identificándose con él, con su pene, como parte del cuerpo que es capaz de integrarlo identitariamente.

CONSTRUCCIÓN DE LA PATERNIDAD

Como ya se ha señalado en páginas previas la paternidad tiene un carácter histórico lo que significa que ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Por otra parte la variabilidad cultural le imprime a la paternidad una diversidad en cuanto a las figuras, roles y funciones de quienes la ejercen.

En relación a lo histórico hay un hecho muy importante que está presente de manera universal en las culturas originarias como lo es el desconocimiento del papel de las relaciones sexuales y de la contribución biológica del hombre en la gestación de los/as hijos. (Lo Russo, 1998; Rodríguez, 2000). La ignorancia aludida generó que la paternidad, al no tener un basamento biológico demostrable, fuera en gran medida creada, inventada socioculturalmente.

Respecto a lo expresado anteriormente, Lo Russo (1998) sostiene que:

... la paternidad no es un dato natural sino una invención social construida a través de la extensión al padre de funciones maternas: es una asunción masculina de roles femeninos, una imitación de lo que hace la madre. La afirmación de la paternidad como búsqueda de simetría y asunción de características maternas – casi un «fingirse madre» – encuentra su expresión más ilustrativa en el ritual simbólico de la *couvade*. (p. 166).

Sin compartir plenamente la afirmación de la autora en el sentido que la paternidad es sólo una imitación de los roles y funciones maternas coincido con ella en enfatizar su carácter psicosociocultural. Considero que el hombre tiene una potencialidad afectiva y de funciones paternas que le son propias, que no necesita copiar de la madre (aunque esta también puede desempeñarlas) y que comparte con otros animales, especialmente con los mamíferos y entre ellos los primates. (Arvelo, 2012). Por supuesto, en los animales muchas de estas conductas están determinadas principalmente por lo biológico (aunque en los animales superiores algunas son aprendidas), mientras que en el ser humano son producto fundamentalmente de construcciones socioculturales. Entre estas funciones cabe mencionar las de protección, de proveedor, de modelaje, de guía, de autoridad, educativas, que, si bien no están dirigidas especialmente a «sus hijos/as» sino al clan, grupo u horda en las culturas originarias desconocedoras del papel genitor del padre, son igualmente funciones paternas sociales.

Vale la pena aclarar el término «covada» o «couvade» al cual se hizo alusión más arriba. En sus raíces latinas la palabra covada está asociada a las palabras «empollar», «incubar» que son alusivas al vocablo «estar acostado». Consiste, como fenómeno socio-cultural, en una práctica centenaria, extendida por todo el planeta, en la cual el hombre se le asigna un lugar especial antes, en el momento y después de nacer su hijo/a, que implica felicitaciones de su entorno social, privilegios (recibimiento de obsequios) prohibiciones (no levantarse, no cazar, no tocar armas, no fumar, restricciones alimenticias, no voltear árboles) y en algunos casos ciertos castigos como prueba de fortaleza. Todo esto basado en las creencias de que todas estas acciones o restricciones beneficiarían al niño/a y a la madre (evitar que los/las niños/as se enfermen, transferir los dolores de parto al hombre, proteger a la mujer de los deseos sexuales del hombre, entre otros). (This, 1982, Lo Russo, 1998).

En la actualidad es factible observar, más allá del ritual simbólico, expresiones biopsíquicas de esta práctica histórica como son los síntomas que sufren algunos hombres cuando su pareja está embarazada o va a parir, los cuales pueden evidenciarse en mareos, náuseas, dolores de «vientre», antojos (deseos fuertes de comer ciertos alimentos), sensaciones de tener un feto en su ser, entre otros). (Arvelo, 2012). En este caso estaríamos ante un fenómeno más individual, determinado en mayor grado por factores psíquicos, fundamentalmente inconscientes (identificación con el feto materno, identificación con la mujer, envidia de la maternidad, necesidad de atención por rivalidad con la mujer o por sentirse desplazado afectivamente por el nuevo bebé, entre otras).

Lo que interesa resaltar del ritual histórico de la covada y de sus expresiones psicosociales actuales, más allá de ser un hecho raro, curioso, es que demuestra el poder de lo simbólico, de las creencias y valores, de lo afectivo inconsciente en la construcción de lo maternal y lo paternal. En dicha práctica se evidencia que lo que atribuimos hoy en día a lo maternal, no sólo en las convenciones sociales sino también en términos de las vivencias psíquicas, es relativo y no responde a esencias a priori, ni es un patrimonio único de la mujer. Si esto lo consideramos válido para la maternidad lo es con mayor fuerza para la paternidad donde el vínculo con lo biológico es más lejano. (Arvelo, 2012).

Retomando lo planteado por Lo Russo (1998), esta autora agrega que la construcción de la paternidad social, como resultado de la ignorancia de la función genitora del hombre, además de tender a la simetría de roles y funciones en el cuidado de los/as hijos/as, tiene un papel positivo en el logro de la sobrevivencia de las sociedades. Estas culturas originarias resolvieron la asimetría parental por las vías de las figuras del tío materno (vía consanguínea) y del esposo de la madre (vía de la fecundación espiritual).

En el ámbito subjetivo, psíquico, la paternidad se construye dentro de la estructura familiar en un juego de relaciones no solamente entre el/la hijo/a y el padre sino también con la madre. A los procesos psicológicos de modelaje, imitación, identificación, proyección, introyección, habría que agregar el lugar afectivo y simbólico que se le asigna al/la niño/a que puede facilitar u obstaculizar el desarrollo de los roles y funciones paternas. Dentro de este conjunto de relaciones tiene peso no sólo la interacción psicosocial cotidiana en el orden de lo real sino también aquella que se da en el orden simbólico, mediante la comunicación verbal y no verbal, consciente e inconsciente. Todo ello matizado con las concepciones de paternidad que tienen tanto el padre como la madre, las cuales se gestan a partir de las vivencias personales pero que a su vez están influenciadas por lo socio-cultural.

IDENTIDADES, DISTANCIAMIENTOS Y CONTRADICCIONES ENTRE LO MASCULINO Y LO PATERNO

Identidades

La paternidad como núcleo identitario de la masculinidad como ya se ha señalado ha tenido sus transformaciones. De una masculinidad que desconocía su papel en la procreación (con todo lo que esto implica en los ámbitos psíquicos y sociales), pasando por un momento donde lo masculino y lo paternal se funden y reafirman mutuamente, como en el patriarcalismo. Y, finalmente, por una etapa donde la masculinidad y el patriarcalismo entran en crisis desdibujándose sus contornos y vínculos.

Podría decirse que, históricamente, el máximo grado de identidad entre lo masculino y lo paterno se observa en el patriarcalismo, especialmente en los primeros siglos de esta estructura sociocultural. En el mundo occidental en las culturas griega y romana (principalmente en esta última) lo paterno se imbrica de tal manera con lo masculino para el ejercicio de la dominación que llegan a conformar un todo indivisible. El ser padre pasa a ser parte central de la identidad masculina.

Si algo comparten lo masculino y lo paterno es su carácter de construcciones socioculturales e históricas. Se puede afirmar, con base en lo expuesto, que este rasgo es aún más acentuado en estos constructos que en los de feminidad y maternidad. En estos últimos lo biológico tiene más peso en el recorrido constructivo.

Distanciamientos

Como ya se señaló previamente, se pueden ubicar dos periodos donde lo masculino y lo paterno se distancian. Uno de ellos se hallaría en las culturas originarias donde la función genitora del hombre está invisibilizada, omitida por la sociedad, lo cual conduce a una sobrevaloración de lo maternal y de lo femenino. Este hecho tiene una repercusión en la percepción y vivencia de la identidad masculina. Ahora bien, es importante aclarar que a pesar del desconocimiento del papel biológico del hombre en la procreación esto no invalidó al hombre en sus roles y funciones como padre, incluyendo aquellas que tienen que ver con lo afectivo. La figura del tío materno como el que ejerce las funciones paternas en las sociedades matrilineales es un buen ejemplo de cómo estas culturas resolvieron la participación del hombre en la atención y cuidados de los/as hijos/as. Asimismo, la fecundación espiritual (creencia de ciertos aborígenes australianos). (Arieti, 1980, en Lo Russo, 1998), a través del marido de la

mujer, le permite al hombre ejercer la paternidad a pesar de la ignorancia de su papel genitor.

A pesar que las funciones paternas siempre fueron ejercidas es indudable que el desconocimiento del hombre sobre su participación en la gestación permitió que lo masculino pudiera desarrollarse con una mayor independencia de lo paternal.

El otro momento histórico donde se presenta este alejamiento es el de la modernidad. El debilitamiento del patriarcalismo, producto del proceso de democratización social, es la causa principal que ha generado este divorcio. La pérdida del poder del padre, evidenciada con más fuerza en el orden de lo real, hace que el hombre no centre su masculinidad en el ser padre. Lo masculino se reafirma más en el ejercicio del poder en el ámbito social en los campos de lo político, económico, laboral, sexual. A diferencia de la mujer en la cual lo maternal forma aún parte vital de su núcleo identitario, en el hombre ser padre no es imprescindible para acceder a la masculinidad.

En investigaciones realizadas por Arvelo (2003, 2005), Toro (2003) y Peña y Rodríguez (2004) en sectores de clase media de la ciudad de Mérida, se observa como el abandono paterno y la poca presencia física y afectiva del padre en un hecho importante. Sin negar los factores psicosociales y económicos (divorcio, exclusión del padre, bajos ingresos, desempleo) que influyen en este desdibujamiento del ejercicio de la paternidad, es cierto también que el hombre se desprende de sus roles y funciones paternas con facilidad pues esto no constituye una erosión para su identidad masculina.

Como se indicó anteriormente, la paternidad y, específicamente, las funciones paternas no necesariamente son ejercidas por un hombre. Investigaciones desarrolladas tanto en sectores de clase media en la ciudad de Mérida (Arvelo, 2003, 2005, 2011) como en un sector popular semi-rural del estado Mérida (Rojas y Valdivieso, 2007), muestran un resquebrajamiento del rol de autoridad del padre en relación a la imposición de normas y establecimiento de límites. En muchos de los hogares estudiados es la mujer quien ejerce con mayor intensidad estas funciones, asociadas a la función de corte.

Contradicciones

El machismo, como ideología patriarcal y expresión del narcisismo individual en lo social (Arvelo, 2007, 2009), se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo de una nueva paternidad que incorpore los

aspectos afectivos, tiernos del hombre y que facilite la corresponsabilidad de roles domésticos entre hombre y mujer dentro del hogar. Es importante señalar que cuando se habla aquí de narcisismo, se hace referencia a algo más complejo que «el amor a si mismo». Es por lo tanto una estructura psíquica siempre presente, que se corresponde con una etapa del desarrollo psíquico, que puede ser un rasgo de personalidad, una patología y la fuente de pulsiones amorosas y hostiles. Se expresa tanto en el ámbito individual como social. Como patología, en sus manifestaciones individuales y sociales, siempre supone la sobrevalorización de las creencias, ideas y cualidades de la propia persona o grupo de pertenencia, a costa de la descalificación del otro diferente que es percibido como inferior. El narcisismo insano es lo opuesto a la empatía, a la alteridad. El dogmatismo, el machismo y toda forma de sectarismo excluyente, son muestras de este tipo de narcisismo patológico social).

La revolución tecno-industrial que ha obligado a la mujer a incorporarse masivamente al campo laboral, la democratización de las sociedades y el impacto de la acción de los movimientos feministas han contribuido al debilitamiento del patriarcalismo, especialmente en lo concerniente al poder del padre dentro del seno familiar. El desarrollo de instrumentos legales que regulan las relaciones entre padres e hijos/as, así como la intervención cada vez más fuerte de especialistas (médicos, psicólogos/as, abogados/as, sociólogos/as, trabajadores/as sociales, orientadores/as, entre otros/as) en la vida familiar han mermado el poderío paterno.

Ante esta pérdida el hombre ha recurrido a afianzar su masculinidad incrementando sus defensas narcisistas, de allí las dificultades del hombre de desprenderse del machismo. Esto se complica dado que los factores psicosocioculturales antes expuestos han venido cambiando la identidad femenina, la cual va a producir a su vez transformaciones en la identidad masculina. (Montesinos, 1999). En este sentido el machismo viene siendo cuestionado y se percibe contrario al avance social. Eso ha obligado a la aparición de nuevas formas machistas atenuadas, encubiertas.

Estamos viviendo un periodo de crisis de la masculinidad y de la paternidad debido a los cambios aludidos, que si bien benefician en general a toda la sociedad son aún percibidos por muchos hombres como amenazantes, peligrosos, generando en éstos desajustes y vivencias de pérdida asociados a síntomas de angustia y depresión. Es un momento de transición en el cual los cambios no están suficientemente consolidados y, en buena medida no asumidos plenamente por un número significativo de hombres, a quienes les cuesta ver las ventajas de los mismos, centrándose mayormente

en las pérdidas. En la medida que estas transformaciones se establecen como logros a favor de una masculinidad menos machista, menos frágil, que incorpore el potencial tierno, sensible que posee el hombre, estará en mayor sintonía con ese nuevo padre que está surgiendo como figura más afectiva, responsable y dispuesto a compartir roles con la mujer.

CASO PSICOCLÍNICO

Para ilustrar algunos de los planteamientos expuestos se ha seleccionado un caso psicoclínico que se ha denominado Carlos. Se trata de un paciente masculino de 44 años de edad, casado, comerciante. La pareja es la que consulta por haber problemas con los/las hijos/as. La esposa se queja que su esposo tiene problemas con su hijo mayor (que es del primer matrimonio de ella). Relata un episodio de violencia de Carlos que generó un accidente en un vehículo que pudo costarle la vida a una de sus hijas. Carlos se queja en la primera consulta que su hijo mayor no quiere aceptar su autoridad y que por influencia de él sus hijas se han vuelto rebeldes. El asumió la paternidad cuando el niño tenía tres años. También se queja Carlos que sus hijos/as se interesan poco por sus negocios y que no va a tener nadie que lo releve cuando el muera.

De las entrevistas con todos los integrantes del núcleo familiar se desprende que Carlos es un padre bastante autoritario, controlador, en ocasiones maltratador psíquica y físicamente, especialmente cuando ingiere alcohol. Tiene buena presencia en el hogar, suele ser irritable, muy sensible a la crítica, con una gran dificultad para aceptar sus errores y menos aún pedir disculpas. Carlos piensa que sus hijos/as se han complotado en contra de él. Es un buen proveedor, otorgándole mucha importancia al dinero. Cuando está de buen humor es afectuoso.

En los antecedentes de Carlos cabe destacar que quedó huérfano de madre a los 6 años y de padre a los 7 años. Tiene dudas de quien es realmente su padre ya que se comentaba que era hijo de un vecino. Consumió drogas intensamente en su adolescencia y juventud, ha sido mujeriego y parrandero, incluso estando casado. Lo crió un tío hasta los 12 años hasta que se fue a vivir con una hermana quien lo trataba como «un cachifo» (criado doméstico). Refiere que era un niño hiperquinético, travieso, rebelde. Se sentía solo por la ausencia de su madre. Señala no recordar a su padre y levemente a su madre. Su padre era un hombre rico.

Carlos encarna muy bien el padre autoritario, machista, que centra su masculinidad en el ejercicio del poder (en diferentes ámbitos), en el sexo, en el consumo de drogas. Las pérdidas afectivas tempranas lo hacen

proclive a la depresión y es posible que use las drogas como mecanismo compensatorio. Carlos muestra rasgos narcisistas de personalidad que refuerzan su machismo. Requiere mucha atención, utiliza defensas disociativas, maníacas y proyectivas, rayando en ocasiones en vivencias paranoides. Sus conflictos no resueltos con la figura paterna hacen que lo traslade a su hijo adoptivo entrando en franca rivalidad y celos con él, a quien en el fondo no percibe plenamente como su hijo por no ser de su misma sangre. Esto último incrementa los aspectos paranoides del paciente quien deposita en este hijo sus propios temores y lo percibe como un elemento extraño, peligroso, amenazante de su poder y autoridad. Se observan en él un mal manejo de sus impulsos destructivos y autodestructivos, que puede poner en riesgo la integridad física y psíquica de quienes lo rodean y de sí mismo.

Carlos se deprime ante la pérdida del poderío paterno. No acepta que sus hijos/as están creciendo y que son seres autónomos. Le cuesta romper los lazos fusionales. Es un buen ejemplo este caso de las contradicciones que se generan entre un modelo de padre autoritario producto del patriarcalismo y una sociedad cambiante que exige relaciones familiares más democráticas. Para Carlos el ejercicio omnipotente de la paternidad refuerza su identidad masculina. Al sentir la pérdida de su poderío como padre se desploma sintiéndose decepcionado, desmotivado, deprimido. Su autoestima como persona y como hombre se ven afectadas.

En el transcurso de las entrevistas el paciente sufre un accidente con la moto que pudo ser fatal si no hubiese tenido el casco. Carlos relaciona este accidente con lo que le está pasando, con sus estados de ánimo. Expresa que a veces, a pesar de querer mucho a su mujer e hijos/as, piensa en irse, separarse. Es bueno aclarar que Carlos exagera con creces las posibles faltas de sus hijos/as y esposa, distorsionando la realidad y victimizándose. A pesar de sus limitaciones Carlos ha mostrado interés por cambiar su situación y ha modificado algunos comportamientos.

La problemática de Carlos, además de ser producto de un conjunto de factores psicosociales que han marcado su vida, es también una consecuencia de estos tiempos de transición donde las identidades masculinas y paternas están en constante movimiento y transformación.

CONCLUSIONES

Se entiende por masculinidad un conjunto de ideas, creencias, valores, roles, actividades y conductas que, en una sociedad y/o cultura determinada,

en cierto momento histórico, le atribuye como propio al hombre. Como construcción psicosociocultural e histórica tiene múltiples maneras de ser concebida, percibida, sentida, disfrutada y padecida, mostrando una diversidad de rostros y máscaras. Es por ello que es preferible hablar de masculinidades en plural.

La paternidad es un constructo teórico complejo, polisémico y dinámico que sobrepasa el desempeño individual de un hombre como padre, al involucrar al género femenino, parientes, adultos significativos, así como a grupos sociales e institucionales. Abarca las funciones, roles y aspectos figurativos de quien la ejerce, tanto en el ámbito real como en el simbólico. Dado el carácter de construcción biopsicosociocultural e histórica de la paternidad es factible hablar de paternidades.

En la construcción de la masculinidad se observa un mayor peso de lo sociocultural e histórico que en la feminidad. Esto hace que la identidad masculina sea más permeable a los cambios, más frágil, menos afianzada en sus cualidades y más por oposición a lo femenino. Esto último determina mayores exigencias socioculturales para demostrar y reafirmar lo masculino respecto a lo femenino. Referente a los factores subjetivos (conscientes e inconscientes), el recorrido constructivo de la masculinidad difiere de lo femenino en lo atinente a los procesos identificatorios y de elección de objeto sexual-amoroso.

La influencia de lo sociocultural e histórico en la paternidad es mayor que en la masculinidad. El desconocimiento del hombre de su papel biológico como genitor determinó que sus funciones y roles fueran inventados, contruidos socioculturalmente. En el ámbito subjetivo la paternidad se construye dentro de la estructura familiar de origen a partir de procesos psicológicos de modelaje e imitación, identificación, introyección y proyección que generan tipos de vínculos y estructuras psíquicas que podría facilitar u obstaculizar el paternaje.

A lo largo de la historia ha habido períodos en los cuales lo masculino y lo femenino se han vinculado constituyendo unidades identitarias. Así mismo, han existido momentos epocales en los cuales se han producido distanciamientos y contradicciones. Es en el patriarcalismo, principalmente en el mundo antiguo, donde se observa el mayor acercamiento. En esta etapa la paternidad constituyó un núcleo central de la identidad masculina. Por otra parte, los mayores distanciamientos han ocurrido en las culturas originarias y en la modernidad. En el primer caso por el desconocimiento en estas sociedades del papel genitor del hombre. En el caso de la modernidad por la democratización social que ha debilitado la estructura patriarcal. En este último período las formas patriarcales atenuadas expresadas

en el machismo han entrado en contradicción con la emergencia de un nuevo padre, más sensible, afectivo, corresponsable en los roles parentales de crianza y domésticos.

Finalmente, se expuso un caso clínico que ilustra los vínculos, identidades y conflictos entre lo masculino y lo paterno en una persona con rasgos psíquicos narcisistas de personalidad. En este caso se han estructurado aspectos psicosocioculturales en un momento histórico en el cual las identidades masculinas y paternas están en constante transformación.

Referencias bibliográficas

- Aberastury, A. y Salas, E. (1978). *La paternidad*. Buenos Aires: Kargieman.
- Aray, J. (1992). *Momentos Psicoanalíticos*. Caracas: Monte Ávila.
- Arvelo, L. (2001). *Masculinidad y Función Paterna*. [Versión Electrónica] Otras Miradas, 1(1), 1-9.
- Arvelo, L. (2003). *Función Paterna, pautas de crianza y desarrollo psicológico en adolescentes. Implicaciones psicoeducativas*. Acción Pedagógica, 12(1), 20-30.
- Arvelo, L. (2004). *Maternidad, Paternidad y Género*. [Versión Electrónica], Otras Miradas, 4(2), 92-97.
- Arvelo, L. (2005). *Alteraciones en el desarrollo del lenguaje y Función Paterna*. Ensayo y Error. Nueva etapa, 14 (29), 79-93.
- Arvelo, L. (2007). *Función Paterna y Narcisismo en la construcción de la Masculinidad. Implicaciones en la salud psíquica*. En L. Meneses, G. Gordones y J. Clarac de Briceño (Eds.). *Lecturas Antropológicas de Venezuela*. pp. 629-636. Mérida, Venezuela: Editorial Venezolana C.A
- Arvelo, L. (2011). *Función paterna y trastornos emocionales en el niño y el adolescente. Implicaciones psicoeducativas*. Saarbrücken, Alemania: Editorial Académica Española.
- Arvelo, L. (2012). *Machismo, función paterna y salud psíquica*. En: B.E. Cabral (Coordinadora), S. Rivas, C.C. Silva, G. Cáceres y U. Romallo (Comps.) *La perspectiva de género en la construcción de los saberes*. Libro electrónico. pp. 115-120. Mérida, Venezuela: Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de los Andes.
- Arvelo, L. (2012). *Función paterna. Investigaciones y reflexiones sobre Venezuela*. Mérida, Venezuela: Vicerrectorado Administrativo. Talleres Gráficos Universitarios. Universidad de los Andes.
- Barrios, L. (1997). *Costos y beneficios psicosociales de la masculinidad*. Rasgos en venezolanos. AVEPSO, 77-85.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad femenina*. Buenos Aires: Paidós.

- Carabí, A. (2000). *Construyendo nuevas masculinidades: una introducción*. En A. Carabí y M. Segarra (Eds). *Nuevas masculinidades*. pp. 15-27. Barcelona, España: Icarra.
- De Keijzer, B. *Paternidad y transición de género*. En B. Schmukler (Comp.). *Familia y relaciones de género en transformación*. pp. 301-325. México, México: Edamex.
- Fernández, I. (1994). *Las máscaras de la masculinidad*. Trópicos. Revista de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 1 y 2. (4). pp. 103-111.
- Lo Russo, G. (1998). *Hombres y padres. La oscura cuestión masculina*. Cuadernos inacabados. (31).
- Mesa, G. (1999). *Masculinidad. Un viaje alrededor del mundo*. La Ventana. Disponible en: <http://www.udg.mz/laventana/libr2/gilmore>
- Montesinos, R. (1999) «Cambio cultural y crisis en la identidad masculina». El Cotidiano,. (68).Disponible en: <http://www.azc.uam.mx/cotidiano/68/doc>
- Naroztky, S. (1997). *El marido, el hermano y la mujer de la madre*. En S. Tuber (Ed.), *Figuras del padre*. pp. 189-215. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Oiberman, A. (1998). *Padre-bebé. Inicio de una relación*. La Plata, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Olivier, C. (1995). *Los hijos de Orestes o la cuestión del padre*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Peña, M. y Rodríguez, A. (2004). Importancia de la Figura Paterna para los Niños y Niñas en Edad Preescolar reflejada a través del Dibujo. *Memoria de Grado*. Escuela de Educación. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Venezuela.
- Percovich, L. (1996). *Posiciones amorales y relaciones éticas*. En S. Tuber (Ed.), *Figuras de la madre*. pp. 225-257. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Ramírez, R. L. (1997). *Masculinidad y poder*. AVEPSO, 49-55.
- Rodríguez, P. (2000). *Dios nació mujer*. España: Punto de lectura.
- Rojas, F. y Valdivieso, L. (2006). Función paterna ejercida en el hogar y desarrollo de la identidad de género en niños y niñas de 4 a 6 años de edad. *Memoria de Grado*. Escuela de Educación. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Venezuela.
- Sandoval, M. (2001). *La marca de la madre. El ejercicio de la maternidad y su papel en las identificaciones en niñas y niños*. Trópicos. Revista de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 2(9), 79-86.
- Sloan, T. y Reyes, R. (1999). *La deconstrucción de la masculinidad*. Disponible en: www.arnet.com.br/marco/sloan.
- Toro, M. (2003). Alteraciones en el ejercicio de la función paterna, tipos de familia y desarrollo de la personalidad del niño de edad preescolar. *Memoria de Grado*. Escuela de Educación. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Venezuela.